

Recordar, compartir, aprender

Zaragoza

Marina Olague Casorrán, 73 años

Andrea Ligotean, 24 años

UNA GUERRA: UN CASO, UN CONFLICTO, UN INSTANTE

“Ésta es una historia que he aprendido y que trato de inculcar a mis hijos y nietos para que, sabiendo respetar a las personas y sus ideas, puedan vivir siempre en paz”, Marina Olague.

Medio siglo me separa de Marina Olague, una mujer que recibió la vida un año antes de que unos empezaran a privarla para otros, más inocentes que culpables, en la Guerra Civil Española: “Una guerra injusta, cruel y fraticida”. La subjetividad humana y la imposibilidad de volver atrás para cambiar el rumbo de las cosas no dejan a nadie impasible ante un conflicto en el que uno toma parte y asume las consecuencias, por divergencias ajenas a la propia persona. Tal es el caso de Marina, una niña por aquellos tiempos, cuya vida sigue estando marcada por la ausencia de la figura paterna arrebatada con el comienzo de la Guerra.

La historia como tal, no existe; existen en cambio historias, fragmentos de experiencias que perfilan la realidad histórica. La historia la componen pequeños detalles, pequeñas experiencias que representan la base de la verosimilitud, y que conllevan la madurez de cada persona. Algunos de los acontecimientos que repercutieron en la vida de Marina están resumidos brevemente aquí; son casos, conflictos, instantes y juicios, abiertos a interpretaciones de parte de cada lector.

Formar una familia e implícitamente poder dar vida es el don más noble que la naturaleza haya podido regalar a todo ser.

Un caso. Un padre más que lucha por sacar adelante a su recién formada familia, tras haber emigrado fuera de las fronteras españolas.

Un conflicto. Nacionales y republicanos se enfrentan, después de un largo período de desacuerdos, fuera del frágil mundo, aún por formar, de una niña: Marina.

Un instante. “Estalló la guerra, dejándonos en zonas separadas, mi padre en la republicana, mi madre mi hermano y yo en la nacional. Nunca volví a verlo, y jamás pude pronunciar la palabra ‘padre’ para llamarle”.

A algunos les queda por delante toda una vida.

Un caso. Una mujer viuda, con dos niños, suplica desesperadamente ayuda ante el Gobierno Militar de Zaragoza, para que le faciliten el acceso a la cuenta bancaria del padre.

Un conflicto. La ignorancia de los oficiales ante una persona más en periodo de guerra; una madre solicita una entrevista, una última esperanza para la subsistencia.

Un instante. Días de suplicas culminan en una entrevista con el Gobernador, que resulta haber tenido amistad con el padre durante la estancia de los dos hombres fuera del Estado Español. “Nos ofreció su ayuda”. Gente mala hubo en los dos bandos y gente buena también.

Un caso. Un pueblo: Una de las tantas comunidades de vecinos, invadidas por el temor ante la guerra; el pueblo de Marina no forma parte de la excepción.

Un conflicto. Envidia, rencor y sospechas que surgen entre la gente, por falta de comunicación; lo que uno hacía o dejaba de hacer no era asunto personal, sino que se convertía en asunto de todos.

Un instante. La denuncia de un vecino nacional que se percató de las frecuentes ausencias del padre cuya preocupación era el bienestar de la familia. Una orden de detención a nombre del señor Olague; pero “como no estaba, se llevaron a mi madre a la cárcel y nos dejaron a mi hermano y a mí, con tan sólo cinco y dos años, aterrados y abandonados a nuestra suerte, aparte de quitarnos todos los bienes de valor”.



En la vida uno se encuentra con gente sin hijos y con gente sin corazón. Todos recuerdan el espantoso ruido de la campana en periodo de guerra, que no traía sólo buenas noticias.

Fuera la hora que fuera, el refugio se convertía no sólo en el mal menos grave, sino en la única solución, ante la posibilidad de llegar a ser una víctima más de la guerra, puesto que los lóbregos sótanos que cobijaban las ratas y cucarachas garantizaban pésimas condiciones de vida.

Un ambiente que alude a una historia: “De todos era conocida la historia del abuelo y su nieto, arrestados en lugar del padre perseguido; fueron obligados a cavar sus propias tumbas, lo último que hicieron en sus vidas”.

El corazón tiene razones que la razón no las entiende; la guerra carece de las dos cosas. Los tres años que duró la Guerra Civil dieron paso a un largo periodo de dictadura.

Los encarcelados contribuyen a la construcción del Valle de los Caídos, como mano de obra voluntaria; las cartillas de racionamiento intentan asegurar una mínima cantidad de comida para una población destrozada por la guerra, mientras que el estraperlo aseguraba las fortunas de unos pocos, entre los cuales no figura el nombre de ninguno de los familiares de Marina.

Entre la angustia bélica y la pobreza posbélica, ¿cuál sería el juego más divertido para los miles de niños y niñas durante aquella época?

Cuando Dios cierra una puerta, deja abierta una ventana.

“Mil palabras no son suficientes para describir ni el horror que nos causó la guerra, ni el dolor que la ausencia de mi padre causó en mi vida... Pienso sin rencor que nunca debió de haber ni vencedores, ni vencidos; que el pensamiento es libre y todas las ideologías pueden ser válidas, siempre que defiendan la libertad, la igualdad y todos los derechos humanos”, me confiesa Marina después de contarme fragmentos de aquella parte del pasado que cada uno desearía encerrarla en el fondo del corazón y disimular como si no hubiera ocurrido nada, para poder seguir el sendero de la vida.

Con cada día que pasa, se reduce el número de testimonios sobre experiencias que marcaron el pasado, desde una nación hasta el individuo. Son historias de las que siempre queda algo por aprender y cada una de ellas nos muestran cómo ser mejores o por lo menos evitar los conflictos.

Después de contarme este capítulo de su vida, Marina y yo nos quedamos a compartir desde ideas y experiencias de la vida, hasta irónicas circunstancias que la suerte tiene guardadas para cada persona. A raíz de esto, Marina me confesó que a lo largo de su vida siempre quiso ser un poco mayor para la edad que tenía; ahora en cambio, es muy consciente de las cosas que pudo haber hecho en su juventud, lamentando no haber vivido cada parte de su vida como uno la ha de vivir por ser “el momento”. Los jóvenes siempre quieren ser maduros, mientras que los maduros añoran las jóvenes ganas de disfrutar de la vida y, sobre todo, guardar los valores y el respeto que se han de inculcar al joven desde el núcleo familiar. Personalmente, considero que la esencia del disfrute de la vida está no sólo en concienciar la oportunidad de cada etapa por la que se esté pasando, sino también llevar dentro ese algo inexplicable que encaja armónicamente con la edad.

Dos de las frases pronunciadas por Marina que se me quedaron grabadas en la mente son: “Gente mala hubo en los dos bandos y gente buena también” y “Pienso sin rencor que nunca debió haber ni vencedores, ni vencidos”. Creo que nadie podría decir que Marina no tiene razón. Pero los conflictos se pueden solucionar de muchas maneras más pacíficas, puesto que la comunicación y el pensamiento son dos de los factores primordiales que nos distinguen de otras especies vivas.